



Neil Gross

Richard
Rorty

La forja
de un filósofo americano

PUV

RICHARD RORTY
La forja de un filósofo
americano

RICHARD RORTY

La forja de un filósofo americano

Neil Gross

Traducción de
Juan José Colomina Almiñana
Vicente Raga Rosaleny

Universitat de València

Esta publicación no puede ser reproducida, ni total ni parcialmente, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, de ninguna forma ni por ningún medio, sea fotomecánico, fotoquímico, electrónico, por fotocopia o por cualquier otro, sin el permiso de la editorial.

Título original: *Richard Rorty: The Making of an American Philosopher*

© The University of Chicago, 2008. Todos los derechos reservados

© De la fotografía de la sobrecubierta: Wellesley College Archives

© De la presente edición: Publicacions de la Universitat de València, 2010

© De la traducción: Juan José Colomina Almiñana y Vicente Raga Rosaleny

Publicacions de la Universitat de València

<http://puv.uv.es>

publicacions@uv.es

Fotocomposición y maquetación: Artes Gráficas Soler, S. L.

Diseño de la sobrecubierta: Celso Hernández de la Figuera

Impresión: Artes Gráficas Soler, S. L.

www.graficas-soler.com

ISBN: 978-84-370-7689-8

Depósito legal: V. 1.138 - 2010

Índice

Prefacio para mis compañeros sociólogos	9
Agradecimientos	21
Fuentes de archivo	23
Introducción	25
Capítulo 1. James Rorty	55
Capítulo 2. Winifred Raushenbush	91
Capítulo 3. La escuela universitaria Hutchins	113
Capítulo 4. Máster en Filosofía, 1949-1952	135
Capítulo 5. Doctorado en Filosofía en Yale, 1952-1956	157
Capítulo 6. La escuela universitaria Wellesley, 1958-1961	179
Capítulo 7. Universidad de Princeton, 1961-1965	199
Capítulo 8. Universidad de Princeton, 1965-1982	225
Capítulo 9. La teoría del concepto de sí mismo del intelectual	271
Capítulo 10. Rorty reexaminado	317
Conclusión	377
Índice analítico	397

Prefacio para mis compañeros sociólogos

Las escuelas universitarias y las universidades juegan actualmente un papel esencial en la vida americana. Existen más de 4.200 instituciones de educación superior en los Estados Unidos hoy en día, en las que se matriculan en torno a 17 millones y medio de estudiantes al año y de donde más de un cuarto de millón de americanos obtienen anualmente sus licenciaturas.¹ Para los muchachos de clase media y alta, acudir a una escuela universitaria se ha convertido en una experiencia casi universal –un acontecimiento indispensable en el transcurso de su vida durante la que los estudiantes se exponen a nuevas ideas, forjan amistades duraderas, comienzan a descubrirse como adultos y trazan lazos para el resto de sus vidas.

Ingresar en una escuela universitaria no es tan sólo importante por razones sociales. El beneficio asociado a dicho ingreso ha ido creciendo, incrementándose poco a poco, hasta llegar a separar a los que tienen un título universitario de los que no lo tienen.² En parte por esta razón, y a pesar del desorbitante aumento del precio de la matrícula en las escuelas universitarias, los estudiantes se están congregando en ellas y en las universidades en un número récord. Más allá de las funciones credenciales para las que sirven estas escuelas y universidades,³ y más allá del empleo directo que proporcionan a más de un millón de personas –junto con los significativos efectos multiplicadores y la difusión de las redes de conocimiento local que mantienen a comunidades

¹ Según el Centro Nacional para la Estadística Educativa, en 2006. Véase *Digest of Education Statistics*, Washington D.C.

² Véase, por ejemplo, David Card y Thomas Lemieux, 2001, «Can Falling Supply Explain the Rising Return to College for Younger Men? A Cohort-based Analysis», *Quarterly Journal of Economics* 116: 705-746.

³ Randall Collins, 2002, «Credencial Inflation and the Future of Universities», págs. 23-46, en *The Future of the City of Intellect: The Changing American University*, Steven Brint, ed., Stanford: Stanford University Press.

enteras—,⁴ el sector universitario también se ha convertido en crucial para el crecimiento de la economía nacional en conjunto, al transferir sus innovaciones tecnológicas a la industria⁵ y por el incremento proporcional de la actividad económica destinada a aumentar el conocimiento laboral que llevan a cabo los alumnos universitarios en prácticas.⁶

En el corazón de esta institución encontramos las plantillas de personal universitario, con 630.000 catedráticos y alrededor de 543.000 profesores adjuntos, entre los que se encuentran muchos de los principales científicos e intelectuales del mundo.⁷ Los científicos sociales conocen bien las plantillas universitarias americanas. Y es que, partiendo de sus archivos institucionales y debido a que el profesorado está sujeto de modo rutinario a inspección, se pueden trazar fácilmente los cambios en el trasfondo social de los profesores, en su distribución a través de los campos científicos y las instituciones, en sus salarios e incentivos, en su orientación docente e investigadora, en sus actitudes sociales y políticas, en su productividad, etcétera. A la luz del crecimiento de la interdisciplinariedad entre campos de investigación científica durante las últimas dos décadas,⁸ también conocemos mucho acerca de las actividades de investigación de los profesores de las ciencias físicas, químicas y técnicas: acerca de cómo está estructurado políticamente el terreno institucional por el que transitan, de cómo se produce la interacción entre las redes sociales y la producción del conocimiento científico, así como de los procesos sociales por los que las informaciones sobre del mundo empírico llegan a transformarse en hechos científicos.

Sin embargo, aparte de la demografía básica y de la información sobre sus actitudes, existe un segmento clave del profesorado americano acerca del cual conocemos relativamente poco: los humanistas y los propios científicos socia-

⁴ Véase, por ejemplo, Christopher Berry y Edward Glaeser, 2005, «The Divergence of Human Capital Levels across Cities», *Harvard Institute of Economic Research Discussion Paper 2091*; Sean Safford, 2004, «Searching for Silicon Valley in the Rust Belt: The Evolution of Knowledge Networks in Akron and Rochester», *MIT Industrial Performance Center Working Paper 04-001*; Jason Owen-Smith y Walter Powell, 2004, «Knowledge Networks as Channels and Conduits: The Effects of Spillovers in the Boston Biotechnology Community», *Organization Science* 15:5-21.

⁵ Jason Owen-Smith y Walter Powell, 1998, «Universities and the Market for Intellectual Property in the Life Sciences», *Journal of Policy Analysis and Management* 17:53-77.

⁶ Walter Powell y Kaisa Snellman, 2004, «The Knowledge Economy», *Annual Review of Sociology* 30:199-220.

⁷ Jack Schuster y Martin Finkelstein, 2006, *The American Faculty: The Restructuring of Academic Work and Careers*, Baltimore: John Hopkins University Press, pág. 41. Estos datos son relativos al año 2003.

⁸ Véase David Hess, 1997, *Science Studies: An Advanced Introduction*, New York: New York University Press.

les. Aunque pueden llegar a ser objeto de atención histórica, éstos no han sido casi nunca estudiados de manera sistemática en sus propias investigaciones científicas, que suelen tener en cuenta tan sólo a las ciencias naturales como representantes de los casos relevantes capaces de demostrar que la producción de conocimiento es una empresa social. Por ello quedan todavía importantes incógnitas por responder. ¿Cómo seleccionan los humanistas y los científicos sociales los proyectos sobre los que investigan? ¿Qué factores les permiten determinar qué teorías, enfoques y métodos acabarán empleando? ¿Bajo qué condiciones se originan los movimientos intelectuales en humanidades y en ciencias sociales?

Aunque la más significativa transformación organizacional en la investigación universitaria americana durante las últimas décadas está relacionada con el desarrollo de las ciencias de la vida y las ingenierías, las humanidades y las ciencias sociales continúan teniendo una considerable importancia. Nueve de los veinte campos disciplinarios más importantes en los que se conceden títulos de licenciado hoy en día pertenecen a las humanidades y a las ciencias sociales,⁹ los humanistas y los científicos sociales representan un cuarto del total del personal de plantilla a tiempo completo.¹⁰ Además, los campos de humanidades en particular crecen con fuerza en las licenciaturas de universidades y escuelas universitarias de elite,¹¹ cuyos estudiantes transmiten las ideas de los humanistas a la política, la legislación, los medios de comunicación, los consejos corporativos y otros ámbitos de poder social.

Aunque el conocimiento de la literatura y las artes, así como la manera de comprenderlas asociada a las humanidades, pueda ser hoy en día un valor a la baja en el capital cultural de los Estados Unidos frente a épocas pasadas,¹² las

⁹ Estos datos, basados en informes del Centro Nacional para la Estadística en Educación, excluyen los principales campos interdisciplinarios.

¹⁰ Schuster y Finkelstein, *The American Faculty*, pág. 447. Como en 1998, los humanistas constituyen hoy en día el 16,1 por ciento del personal a tiempo completo, y los científicos sociales el 11,4 por ciento. La proporción de miembros de plantilla de humanidades está, sin embargo, disminuyendo. David Frank y Jay Gabler creen que «el énfasis en la enseñanza e investigación en humanidades descendió drásticamente durante el [siglo veinte] pasando los humanistas de ser un tercio del total de las plantillas universitarias a menos de un quinto [aunque]... La primacía relativa de las ciencias sociales en la academia se incrementó bruscamente pasando de ser menos de la décima parte del total del personal de plantilla a más de un tercio». Véase David Frank y Jay Gabler, *Reconstructing the University: Worldwide Shifts in Academia in the 20th Century*, Stanford: Stanford University Press, págs. 64-65.

¹¹ Roger Geiger, 2006, «Demography and Curriculum: The Humanities in American Higher Education from the 1950s through the 1980s», págs. 50-72, en *The Humanities and the Dynamics of Inclusion since World War II*, David Hollinger, ed., Baltimore: Johns Hopkins University Press.

¹² Richard Peterson y Roger Kern, 1996, «Changing Highbrow Tastes: From Snob to Omnivore», *American Sociological Review* 61:900-907.

teorías de humanistas como Freud y Foucault circulan, no obstante, ampliamente entre la cada vez más importante «clase creativa»,¹³ sirviendo además como fuente de ideas y conceptos para movimientos con objetivos políticos y de cambio cultural.¹⁴ Las ciencias sociales tienen un gran significado social –particularmente la economía y la psicología, influyendo directamente la primera sobre la política pública y la toma de decisiones económicas nacionales e internacionales¹⁵ y proporcionando la segunda vocabularios que conforman la comprensión de la gente sobre todo tipo de cosas, desde la política¹⁶ hasta las prácticas relacionadas con el amor y la intimidad.¹⁷

A la luz de todos estos datos, nuestra falta de comprensión socio-científica de cómo los humanistas y los científicos sociales realizan sus investigaciones supone una seria laguna. Al reconocerlo, un puñado de estudiosos –muchos de los cuales trabajan fuera del ámbito de los estudios científicos– han comenzado recientemente a explorar el tema. Y así, debemos importantes contribuciones teóricas a Andrew Abbott, Pierre Bourdieu, Charles Camic, Randall Collins, Michèle Lamont, Robert Wuthnow y muchos otros¹⁸ –todos ellos so-

¹³ Richard Florida, 2004, *The Rise of the Creative Class and How It's Transforming Work, Leisure, Community, and Everyday Life*, New York: Basic Books.

¹⁴ Sobre la importancia de Foucault en el movimiento por los derechos de gays y lesbianas véase, por ejemplo, David Halperin, 1995, *Saint Foucault: Towards a Gay Hagiography*, New York: Oxford University Press.

¹⁵ Marion Fourcade-Gourinchas y Sarah Babb, 2002, «The Rebirth of the Liberal Creed: Paths to Neoliberalism in Four Countries», *American Journal of Sociology* 108:533-579; David Harvey, 2005, *A Brief History of Neoliberalism*, New York: Oxford University Press [*Breve historia del neoliberalismo*, traducción de Ana Varela, Madrid: Akal, 2007]; Margaret Somers y Fred Block, 2005, «From Poverty of Perversity: Ideas, Markets, and Institutions over 200 Years of Welfare Debate», *American Sociological Review* 70:260-287.

¹⁶ James Nolan, 1998, *The Therapeutic State: Justifying Government at Century's End*, New York: New York University Press.

¹⁷ Anthony Giddens, 1992, *The Transformation of Intimacy: Sexuality, Love, and Eroticism in Modern Societies*, Cambridge: Polity [*La transformación de la intimidad: sexualidad, amor y erotismo en las sociedades modernas*, traducción de Benito Herrero, Madrid: Cátedra, 1995].

¹⁸ Véase Andrew Abbott, 2001, *Chaos of Disciplines*, Chicago: University of Chicago Press; Pierre Bourdieu [1984] 1988, *Homo Academicus*, Peter Collier, trad., Stanford: Stanford University Press [*Homo Academicus*, traducción de Ariel Dilon, Madrid: Siglo XXI, 2008]; Charles Camic, 1983, *Experience and Enlightenment: Socialization for Cultural Change in Eighteenth-Century Scotland*, Chicago: University of Chicago Press; Randall Collins, 1998, *The Sociology of Philosophies: a Global Theory of Intellectual Change*, Cambridge: Harvard University Press [*Sociología de las filosofías: una teoría global del cambio intelectual*, traducción de Joan Quesada, Barcelona: Hacer, 2006]; Michèle Lamont, 1987, «How to Become a Dominant French Philosopher: the Case of Jacques Derrida», *American Journal of Sociology* 93:584-622; Robert Wuthnow, 1989, *Communities of Discourse: Ideology and Social Structure in the Reformation, the Enlightenment, and European Socialism*, Cambridge: Harvard University Press. También podemos encontrar notables estudios empíricos recientes, como el de Bethany Bryson, 2005, *Making Multiculturalism: Boundaries and Meaning in U.S. English Departments*, Stanford: Stanford University Press; Marion Fourcade, 2006, «The Construction of a Global Profession: the Transna-

ciólogos— que se han interesado por comprender los procesos sociales afrontados y desempeñados por los humanistas y los científicos sociales, tanto en la actual academia como durante diferentes períodos históricos, así como el modo en que han formulado y expuesto sus pretensiones de conocimiento.¹⁹

Es a este tipo de bibliografía a la que mi libro sobre Richard Rorty pretende contribuir. Como lo describo en la Introducción, mi texto es el estudio de un caso concreto que debe incluirse dentro de un área de investigación reciente, a la que Camic y yo, escribiendo acerca de aquellos investigadores que examinan también las prácticas de elaboración de conocimiento de los científicos naturales, hemos denominado «la nueva Sociología de las ideas».²⁰

Mi objetivo es desarrollar, basándome en el estudio de un caso concreto, una nueva teoría acerca de la influencia social en las elecciones intelectuales, particularmente aquellas tomadas por los humanistas —esto es, una teoría acerca de los factores sociales que les conducen rápidamente a una idea, o a un conjunto de ideas, más que a otras, durante las diferentes etapas de su carrera intelectual. Aunque el trabajo teórico más importante en el área hace hincapié en las dimensiones estratégicas de dicha elección —las maneras en que ésta se

rationalization of Economics», *American Journal of Sociology* 112:145-194; Marion Fourcade-Gourinchas, 2004, «Politics, Institutional Structures, and the Rise of Economics: a Comparative Study», *Theory and Society* 30:397-447; Grégoire Mallard, 2005, «Interpreters of the Literary Canon and their Technical Instruments: the Case of Balzac Criticism», *American Sociological Review* 70:992-1010, James Moody, 2004, «The Structure of a Social Science Collaboration Network: Disciplinary Cohesion from 1963 to 1999», *American Sociological Review* 69:213-238; Joachim Savelsberg, Lara Cleveland y Ryan King, 2004, «Institutional Environments and Scholarly Work: American Criminology 1951-1993», *Social Forces* 82:1275-1302. Hubo también un pequeño núcleo de actividad en Sociología de las ciencias sociales y humanidades a finales de la década de 1960 y 1970, aunque algunos de esos trabajos partían de la asunción de los investigadores contemporáneos de que la Sociología puede ayudar a explicar no sólo la cantidad sino también el contenido de los trabajos intelectuales. Estudios clave en este sentido, muchos de ellos realizados bajo la influencia de Robert K. Merton, son los de Joseph Ben-David y Randall Collins, 1966, «Social Factors in the Origins of a New Science: the Case of Psychology», *American Sociological Review* 31:451-465; Diana Crane, 1972, *Invisible Colleges: Diffusion of Knowledge in Scientific Communities*, Chicago: University of Chicago Press; Alvin Gouldner, 1965, *Enter Plato: Classical Greece and the Origins of Social Theory*, New York: Basic Books; Nicholas Mullins, 1973, *Theories and Theory Groups in Contemporary American Sociology*, New York: Harper and Row. Para una discusión sobre este tema, véase Charles Camic, 2001, «Knowledge, the Sociology of», págs. 8143-8148, en *International Encyclopedia of the Social and Behavioral Sciences*, vol. 12, Neil Smelser y Paul Baltes, eds., London: Elsevier.

¹⁹ Empleo los términos «conocimiento» y «pretensión de conocimiento» para dar cuenta de los argumentos expuestos por humanistas o científicos sociales, sin reparar en su estatuto epistemológico o de contenido.

²⁰ Charles Camic y Neil Gross, 2001, «The New Sociology of Ideas», págs. 236-249, en *The Blackwell Companion to Sociology*, Judith Blau, ed., Malden: Blackwell. En este artículo, discutimos las características que diferencian el trabajo reciente en el área del trabajo académico llevado a cabo bajo la bandera de la Sociología del Conocimiento.

ajusta a los deseos de los intelectuales de adquirir un estatus y un prestigio en el «campo intelectual»—, argumento que la elección intelectual debe estar influida por los «conceptos que los intelectuales tienen de sí mismos»: las narraciones del yo que suscriben y que los caracterizan como pensadores de un tipo u otro, como intelectuales «activistas» o «cristianos» o, como en el caso de Richard Rorty, como «patriotas americanos de izquierdas».

¿Por qué intentar desarrollar una teoría sociológica en torno a un intelectual en concreto? Tengo razones tanto epistemológicas como prácticas para hacerlo. Desde el punto de vista epistemológico, suscribo la idea, avanzada ya por sociólogos como Peter Hedström, Barbara Reskin, Arthur Stinchcombe, Richard Swedberg y Charles Tilly, de que el objetivo de la Sociología no es identificar las leyes universalmente válidas que gobiernan la vida social, sino que consiste en descubrir los mecanismos y procesos sociales ocultos que permiten explicaciones particulares a partir de interacciones y sucesos que se dan en un micro-, meso- o macro-nivel.²¹

Demasiado a menudo trabajos dedicados al estudio de los mecanismos sociales se siguen de asunciones metodológicas individualistas relacionadas con alguna versión de la teoría de la elección racional y, como evidencia Hedström, uno de los más destacados defensores del estudio de los mecanismos sociales, estos mecanismos resulta además que están conectados a concepciones simplistas de la idea de creencia, ajenas a lo que los sociólogos culturales, los psicólogos cognitivos y otros, entienden que constituye la naturaleza de la cognición y el significado.²² Sin embargo, correctamente concebidos como los procesos intermedios por los que, sobre las bases de las estructuras de significado institucionalizadas y en ausencia de factores contraproducentes, X podría hacer Y, los mecanismos sociales son el santo grial de la Sociología. La cuestión es cómo identificarlos.

Creo que la iniciativa de la investigación socio-científica debe incluir dos fases interrelacionadas aunque diferentes: una primera fase de construcción de

²¹ Peter Hedström y Richard Swedberg, 1998, «Social Mechanisms: an Introductory Essay», págs. 1-31, en *Social Mechanisms: an Analytical Approach to Social Theory*, Peter Hedström y Richard Swedberg, eds., Cambridge: Cambridge University Press; Peter Hedström, 2005, *Dissecting the Social: on the Principles of Analytical Sociology*, Cambridge: Cambridge University Press; Barbara Reskin, 2003, «Including Mechanisms in Our Models of Adscriptive Inequality: 2002 Presidential Address», *American Sociological Review* 68:1-21; Arthur Stinchcombe, 2005, *The Logic of Social Research*, Chicago: University of Chicago Press; Charles Tilly, 2001, «Mechanisms in Political Processes», *Annual Review of Political Science* 4:21-41.

²² Como indica Paul DiMaggio, 1997, «Culture and Cognition», *Annual Review of Sociology* 23:263-287; Ann Swidler, 2001, *Talk of Love: How Culture Matters*, Chicago: University of Chicago Press. Discuto estos temas en Neil Gross, 2007, «A Pragmatist Theory of Social Mechanisms», manuscrito no publicado.

teorías, en la que el objetivo sea desarrollar teorías acerca de la generación de mecanismos particulares, y una segunda fase de investigación empírica sistemática, en la que se intente captar el significado causal de los mecanismos anteriormente teorizados a partir de un gran número de casos.

La elaboración de teorías debe separarse analíticamente de la investigación empírica sistemática, al menos desde mi punto de vista, porque la tarea de desarrollar un adecuado vocabulario conceptual para comprender el universo social y luego desplegarlo para explicar los fenómenos sociales es suficientemente compleja. Y es que tratar de idear teorías y a la vez rigurosas pruebas empíricas a gran escala de éstas a menudo haría que las primeras descendieran al nivel de las segundas, retrasando el progreso teórico. En este sentido, estoy de acuerdo con Stephen Turner, que argumenta que la teoría sociológica es un campo maduro y que cuando su autonomía de la investigación empírica sistemática se ve comprometida esta investigación debe retroceder.²³ Pero, a diferencia de Turner, creo que esta autonomía tan sólo puede ser relativa. Aunque hay un valioso trabajo teórico implicado en la aclaración de conceptos clave –un trabajo que a menudo requiere más pensar en textos e ideas que ocuparse de material empírico–, tal ocupación es previa a la tarea de identificar mecanismos operativos. Y la identificación de esta clase debe seguirse de una gran familiaridad con los fenómenos empíricos que los teóricos tratan de explicar, para que no esté vinculada de manera implausible e inadecuada con las estructuras de significado institucionalizadas y los procesos actualmente en juego.

En principio, pues, me opongo a la formulación de teorías de salón, del tipo de las elaboradas por los interesados en la teoría de juegos u otros, y creo que los dedicados a teorías de mecanismos deben desarrollar éstas a partir de la inmersión en casos empíricos. Dicha inmersión, sin embargo, no debe ser confundida con el esfuerzo por probar teorías de modo sistemático, que requiere de una orientación diferente al aproximarse a los datos empíricos y es, por supuesto, igualmente importante.

De hecho, la segunda razón por la que la construcción de teorías debe ser tan sólo relativamente autónoma de las pruebas empíricas sistemáticas es que las teorías únicamente pueden conducir a un amplio acuerdo si pasan la prueba al reunirse datos empíricos –que es lo mismo que decir que las teorías deben en última instancia alimentarse de la investigación sistemática– mientras que los modos en que las teorías fallan cuando se reúnen datos deben utilizarse para intentar especificarlas o refinarlas.

²³ Stephen Turner, 2004, «The Maturity of Social Theory», págs. 141-170, en *The Dialogical Turn: New Roles for Sociology in the Post Disciplinary Age*, Charles Camic y Hans Joas, eds., Lanham: Rowman and Littlefield.

Pero esto no es lo mismo que decir que el trabajo teórico no puede contar como una contribución al conocimiento. Con la relevante salvedad de que la teoría debe tener un sólido fundamento empírico y que los teóricos y los investigadores empíricos sistemáticos deben entrar en diálogo, mi propio punto de vista es que la Sociología sólo progresará en sus explicaciones si se reconoce el valor de la división de trabajo entre teóricos e investigadores empíricos. Esto requiere que tanto teoría como investigación empírica sean evaluadas de acuerdo con criterios diferentes: la teoría debería empujar a la investigación en nuevas, interesantes y prometedoras direcciones, mientras que la pregunta central a la que debería responder la investigación empírica sistemática, bien fundada por la teoría, sería ¿son correctos estos descubrimientos? El fracaso de la Sociología –en particular de la Sociología americana– a la hora de reconocer el valor de esta clase de pluralismo epistemológico es una de las razones principales por las que no hemos hecho tantos progresos como ciencia social de lo que algunos esperarían.

Pero incluso si concedemos que la teoría podría desarrollarse mediante la comprobación empírica, queda la cuestión de qué forma debería tomar esa inmersión. Tanto si las unidades de análisis son los estados-nación, las instituciones, los movimientos sociales, como los individuos, la teoría empíricamente informada podría proceder a partir del estudio de múltiples casos o de casos singulares. Estudiar múltiples casos es muy provechoso, ya que permite al teórico aumentar su comprensión a través de la comparación. Por el contrario, las teorías desarrolladas a partir del estudio de casos singulares corren el riesgo de recaer en la idiosincrasia o la excepción –aunque este peligro parece el más grande a los que confunden la *generalización* simplificada de un caso singular con el empleo de un caso singular para *pensar a partir de él* en algún fenómeno social. No obstante, esta prevención puede estar justificada si el fenómeno en cuestión es tan complejo, o está tan oculto, que algo menos que la plena atención a ejemplos singulares diera pie a una comprensión inadecuada o superficial.

La elaboración de conocimiento en humanidades y ciencias sociales cumple este criterio de justificada prevención, ya que la actividad que constituye su objeto de explicación –la creación de un *corpus* de conceptos– es un hecho complejo que tiene que ver con la producción de símbolos polisémicos socialmente influidos. Sin embargo, los intelectuales, junto con sus biógrafos y otros historiadores, como discuto en la Introducción, normalmente desatenden los procesos sociales mundanos implicados en la elaboración de conocimiento en favor de un discurso sobre el genio creativo, dejando pocos rastros en las autobiografías o en los tratamientos históricos típicos de lo más sustancial de las interacciones sociales implicadas en ellos.

Mi interés en este estudio se centra en académicos concretos y en los proce-

sos sociales a los que han estado sujetos y que les han llevado a formular sus ideas y a desarrollar sus carreras académicas. De acuerdo con esto, para superar la resistencia que la vida intelectual presenta al análisis sociológico, presto atención a un intelectual concreto, reconstruyendo desde el principio los detalles de la biografía y la carrera de Rorty hasta 1982, año en que publicó *Consecuencias del Pragmatismo*, un libro que recoge un conjunto de ensayos posteriores a su revolucionario trabajo de 1979, *La filosofía y el espejo de la Naturaleza*. Utilizo esta reconstrucción para ayudar a desarrollar y dotar de plausibilidad *prima facie* a la teoría del concepto de uno mismo como intelectual. Intentar elaborar una reconstrucción de este tipo para muchos intelectuales hubiera supuesto un considerable sacrificio de profundidad en favor de la ampliación del estudio y el tratamiento resultante para todos ellos –junto con la comprensión sociológica asociada– hubiera sido mucho más superficial.

Y en cuanto a por qué mi unidad de análisis son los académicos individuales antes que un conjunto social de orden mayor, como un departamento académico, las redes intelectuales o las disciplinas, la respuesta es que lo que es cierto de un modo general para la teoría sociológica también lo es para la Sociología de las ideas: las teorías más sólidas son aquellas que se comprometen a especificar la naturaleza del «vínculo micro-macro»²⁴ y que se desarrollan sobre una comprensión del nivel individual de la acción social. No es necesario ser un individualista metodológico para reconocer que el meso- y el macro-nivel de los fenómenos sociales se constituyen por fuera de las acciones y de las interacciones de personas individuales, así como que comprender el nivel individual de la acción –su naturaleza, su fenomenología y las condiciones y circunstancias bajo las que se despliega– es útil a la hora de construir teorías de fenómenos de un más alto nivel, incluso aunque este último tenga propiedades emergentes y no pueda ser completamente reducido al anterior.²⁵ Por lo tanto, el conocimiento de académicos particulares y de los procesos sociales a los que se enfrentan al realizar sus elecciones intelectuales y profesionales es importante no sólo por sí mismo –en la medida en que nos ayudaría a explicar cómo surgen sus ideas– sino también como un trabajo previo al desarrollo de teorías sobre dinámicas socio-intelectuales más amplias.²⁶

²⁴ Véase Jeffrey Alexander, Bernhard Giesen, Richard Münch y Neil Smelser, eds., 1987, *The Micro-Macro Link*, Berkeley: University of California Press [El vínculo micro-macro, traducción de R. Morán y J. Villa, Guadalajara (México): Servicio de Publicaciones de la Universidad de Guadalajara, 1994].

²⁵ Véase R. Keith Sawyer, 2005, *Social Emergence: Societies as Complex Systems*, Cambridge: Cambridge University Press.

²⁶ Para un intento de construcción de una teoría en el micro-nivel, véase Scott Frickel y Neil Gross, 2005, «A General Theory of Scientific/Intellectual Movements», *American Sociological Review* 70:204-232.

Mis razones metodológicas para estudiar a Rorty y no a otros humanistas o científicos sociales son tres. En primer lugar, como indico con más detalle en la Introducción, Richard Rorty fue uno de los más destacados intelectuales americanos de la segunda mitad del siglo XX. Aunque esto puede significar que el suyo fue un caso excepcional, también quiere decir que estuvo en el centro de gran cantidad de importantes debates y que sostuvo posiciones clave en instituciones americanas destacadas. Así pues, su vida nos abre la puerta de muchos centros de investigación de la Academia americana de finales del siglo XX, de un modo que el estudio de un pensador menos influyente, bien posicionado y prolífico no nos abriría.

En segundo lugar, aunque los recuerdos autobiográficos de Rorty, como los de otros muchos intelectuales, deben leerse con escepticismo sociológico, éste anotó detalladamente experiencias cotidianas, particularmente durante sus años de formación, mediante la correspondencia con sus parientes y amigos, a la que se me permitió tener acceso. En una época en la que cada vez menos intelectuales escriben y guardan tales cartas, y donde las preocupaciones relativas a la privacidad a menudo llevan a éstos a mantener estas cosas fuera de la mirada pública, el caso de Rorty representa un raro hallazgo.

Por último, en tercer lugar, Rorty experimentó un gran número de cambios y desplazamientos intelectuales durante los primeros años de su carrera, por lo que estudiarlo es una oportunidad de examinar múltiples ejemplos de elección intelectual, con sus diferentes consecuencias, que se extienden a lo largo de toda una vida.

También tengo una razón práctica para escribir acerca de Rorty. Como dejo claro a lo largo de la Introducción, el objetivo de este libro no es tan sólo comprometerme con la construcción de una teoría sino también animar a aquellos que, sin ser sociólogos, están interesados en la vida intelectual a tomarse seriamente la Sociología de las ideas como un proyecto intelectual. El único modo de convencer a aquellos que no son sociólogos del valor de esta iniciativa es centrarme en un pensador como Rorty en el que muchos están interesados y proceder de un modo no-reductivo —esto es, de manera que preste suficiente atención a las ideas mismas y a los contextos socio-intelectuales en los que surgieron de un modo tal que aquellos que están más interesados en las ideas que en la Sociología no desearán de antemano. Con el propósito de conseguirlo, el libro presupone alguna familiaridad con la filosofía y no trata de simplificar el pensamiento de Rorty.²⁷ Un déficit de esta estrategia

²⁷ Pese a estos esfuerzos, sin duda hay elementos de mi discusión filosófica con los que no estarán de acuerdo algunos filósofos. Pueden esperarse alguna de estas disensiones como la reacción natural a la observación socio-científica detallada de una comunidad disciplinaria.

es que los sociólogos no familiarizados con la filosofía o con la historia intelectual americana podrían tener dificultades a la hora de lidiar con este material. A éstos les animo a leer el grueso de la Introducción, los capítulos 9 y 10 y la conclusión –en ellos encontrarán el mensaje sociológico. Espero que los historiadores intelectuales, los filósofos y los demás lectores, por su parte, también se aventuren en estos capítulos más sociológicos, pero deben hacerlo con la idea general de que dichos capítulos están escritos, sobre todo, para una audiencia que procede de la Sociología.

Una última razón para emprender con sumo detalle esta historia intelectual es más accidental. Durante el transcurso de mi investigación, que me llevó a los archivos de Eugene, Rochester y Stanford, y a muchos otros lugares, descubrí una gran cantidad de material histórico acerca de Rorty, de su familia, y de muchos de sus amigos y colegas que, sospecho, será de gran interés para aumentar nuestro conocimiento de la vida intelectual de los académicos americanos. Aunque podría haber expuesto mis argumentos sociológicos del mismo modo haciendo referencia a un pequeño extracto de estos materiales, habría fallado en mi obligación como académico si no hubiera hecho que esta información llegara a imprimirse. El libro resultante será poco ortodoxo para los sociólogos, pero como estudioso de los filósofos pragmatistas americanos clásicos como Charles S. Peirce, William James, John Dewey y George Herbert Mead, he llegado a creer que la forma ha de seguir a la función.

Al emplear el ejemplo de Rorty para desarrollar mejor y proporcionar teorías más explicativas acerca de la influencia de lo social en las decisiones intelectuales, espero estimular la investigación futura –tanto la de naturaleza teórica como la sistemáticamente empírica– en un fenómeno de gran importancia en la sociedad del conocimiento: el desarrollo de los conceptos de los intelectuales.



biografías

«Además de ser la biografía de uno de los intelectuales más influyentes de nuestro tiempo, fruto de una exhaustiva investigación y de una construcción excepcional, *Richard Rorty*, de Neil Gross, constituye también un ejercicio ejemplar de la “nueva sociología de las ideas”. Al situar a Rorty en múltiples contextos —personal, institucional y discursivo— en los que se desarrolla su pensamiento y se detalla el concepto intelectual de uno mismo que forjó como respuesta, Gross facilita un modelo convincente para la historia intelectual del siglo XXI.»

Martin Jay, Universidad de California, Berkeley

«La sociología no suele engranarse con la biografía intelectual. En su libro sobre Richard Rorty, Neil Gross no sólo lo consigue con elegancia, sino que además aporta otras muchas cosas. Muestra como el “concepto de uno mismo” debe ser esencial para cualquier relato sociológico que busque una consecución intelectual de relevancia. Al realizarlo, desafía las concepciones más deterministas y restaura la integridad dentro del proceso creativo.»

Jeffrey Alexander, Universidad de Yale

«Se trata de un libro para todo tipo de lectores. Ofrece una biografía a fondo de uno de los filósofos americanos y uno de los intelectuales públicos más destacados del siglo XX; una importante contribución a la historia del pragmatismo; y un nuevo y rompedor enfoque sobre la sociología de las ideas. El libro demuestra cuánto se pueden beneficiar la sociología, la filosofía y la historia americana cuando se unen de nuevo y con mayor firmeza.»

Hans Joas, Universidad de Chicago